

«O fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo mostrastes,
Que por seguir mis hados y camino
Vuestras casas y patria renunciastes:
Hoy la fortuna y áspero destino
Por el último fin de sus contrastes
Me fuerzan á dejar á costa mia
Vuestra clara y amable compañía.

»Si apartarme de amigos tan leales
Hace esta mi partida dolorosa,
Los consultados dioses celestiales
No disponen ni pueden otra cosa;
Y así por desviar los grandes males
Que tienen á Cartago temerosa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la causa de por medio.

»Que pues del cielo el áspero decreto
De poder tener bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
A quebrantar la fe me necesita,
Quiero cortar á Yarbas el sujeto
Del engañado amor que así le incita,
Dando á mi vida fin, pues deste modo
Faltando la ocasion cesará todo.

»Esto será con darme yo la muerte;
Y aunque os parezca este remedio estraño,
Es mas fácil, mas breve y menos fuerte,
Y en fin particular y poco el daño:
Pues sin peligro vuestro desta suerte
Saldrá el errado Yarbas de su engaño,
Y yo conservaré con mas pureza
Del casto y viudo lecho la limpieza.

»Hoy por el precio de una corta vida
La vejacion redimo de Cartago,
Dejando ejemplo y ley establecida
Que os obligue á hacer lo que yo hago;
Y con mi limpia sangre aquí esparcida
Al cielo y á la tierra satisfago;
Pues muero por mi pueblo, y guardo entera
Con inviolable amor la fe primera.

»No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y solemniza:
Que una breve fatiga y muerte honrada
Asegura la vida y la eterniza.
Que si el cuchillo de la parca airada
Al que quiere morir le atemoriza,
No os debe de pesar si Dido muere,
Pues vive el que se mata cuando quiere.

»Adios, adios, amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido satisfecho...»
Y no les dijo mas con el deseo
Que tenia de acabar el fiero hecho.
Así, llamando el nombre de Siqueo,
Se abrió con un puñal el casto pecho,
Dejándose caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caso señalado
Un suntuoso templo le fundaron,
Donde con sacrificio y culto usado
Mientras las cosas prósperas duraron
De aquella su ciudad ennoblecida
Por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,
Muerta la memorable reina Dido,
Por cien sabios ancianos senadores
De allí adelante el pueblo fué regido;
Y creciendo el concurso y moradores
Vino á ser poderoso, y tan temido,
Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
Le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
De la famosa Dido disfamada,
Que Virgilio Maron sin miramiento
Falseó su historia y castidad preciada,
Por dar á sus ficciones ornamento;
Pues vemos que esta reina importunada
Pudiéndose casar y no quemarse,
Antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando
El estraño suceso peregrino,
Cuando al fuerte llegamos acabando
La historia juntamente y el camino;
Y en él aquella noche reposando,
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido
Fué de una escolta nuestra prisionero,
Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de piés lijero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: «Yo me resuelvo y me prefiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande general Caupolicano.

»En un áspero bosque y espesura,
Nueve millas de Ongolmo desviado,
Está en un sitio fuerte por natura,
De ciénagas y fosos rodeado:
Donde por ser la tierra tan segura
Anda de solos diez acompañado,
Hasta que nuestra próspera creciente
Aplaque el gran furor de su corriente.

»Por una estrecha y desusada via,
Sin que pueda haber dello sentimiento,
Seré en la noche oscura yo la guia,
Llevando vuestra gente en salvamento,
Y antes que se descubra el claro dia
Dareis en el oculto alojamiento,
Donde cumplir del todo yo me obligo,
Pena de la cabeza, lo que digo.»

Fué la razon del mozo bien oida,
Viéndole en su promesa tan constante;
Y así luego una escuadra prevenida
De gente esperta y número bastante,
Para toda sospecha apercebida,
Llevando al indio amigo por delante
Salió á la prima noche en gran secreto
Con paso largo y caminar quieto.

TOMO I

Por una senda angosta é intrincada
Subiendo grandes cuestas y bajando,
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando.
Mas la oscura tiniebla adelgazada
Por la vecina aurora reparando,
Junto á un arroyo y pedregosa fuente
Volvió el indio diciendo á nuestra gente:

«Yo no paso adelante, ni es posible
Seguir este camino comenzado,
Que el hecho es grande y el temor terrible
Que me detiene el paso acobardado,
Imaginando aquel aspecto horrible
Del gran Caupolicán contra mí airado,
Cuando venga á saber que solo he sido
El soldado traidor que le ha vendido.

»Por este arroyo arriba, que es la guia
Aunque sin rastro alguno ni vereda,
Dareis presto en el sitio y ranchería,
Que está en medio de un bosque y arboleda:
Y antes que aclare ya el vecino dia,
Os dad prisa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

»Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dejándoos como os dejo en este puesto,
Adonde salvamente os he traído
Poniéndome á peligro manifiesto;
Y pues al punto justo habeis venido,
Os conviene dar prisa y llegar presto:
Que es irrecuperable y peligrosa
La pérdida del tiempo en cualquier cosa.

»Y si sienten rumor desta venida,
El sitio es ocupado y peñascoso,
Fácil y sin peligro la huida
Por un derrumbadero montüoso.
Mirad que os daña ya la detenida;
Seguid hoy vuestro hado venturoso,
Que menos de una legua de camino
Teneis al enemigo ya vecino.»

No por caricia, oferta, ni promesa
Quiso el indio mover el pié adelante,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
A sacarle del tema fué bastante;
Y viendo el tiempo corto, y que la priesa
Les era á la sazón tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino
La relación siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío;
La plaza en derredor fortificada
Con un despeñadero sobre el río,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela, en esto, descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal aperciendo
Al descuidado general valiente;
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente,
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazón estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado,
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida;
Y alzándole á dos manos empinado
Por dalle mayor fuerza á la caída,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada.

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo penetrando
Los músculos y carne descubierta;
En esto el paso el indio retirando
Visto el remedio y la defensa incierta,
Amonestó á los suyos que se diesen
Y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas requiriendo
Que entrasen en la estancia, asegurados
Que eran pobres soldados, que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados;
Y así con priesa y turbación, temiendo
Ser de los foragidos salteados,
A la ocupada puerta había salido
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que rendidas las armas se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atrás las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al capitán disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado.

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linaje,
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personaje.
Gastóse algún espacio y tiempo en esto
Tomando de los otros mas lenguaje,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimación común y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grito usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba,
Que no fuese deshecha y saqueada,
Cuando de un toldo que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arroja una mujer huyendo apriesa
Por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intrincado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande extremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta no entendiendo
Que era presa y mujer tan importante.
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste palla descubriendo
Al marido que preso iba adelante,
De sus insignias y armas despojado
En el montón de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra;
Antes de furia y viva rabia llena
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: «La robusta mano ajena,
Que así ligó tu afeminada diestra,
Mas clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

»¿Eres tú aquel varón que en pocos días
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacías
Las remotas naciones mas estrañas?
¿Eres tú el capitán que prometías
De conquistar en breve las Españas,
Y someter al ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio?

»¡Ay de mí, cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia, mujer del gran Caupolicano;
Y agora miserable y desdichada
Todo en un punto me ha salido en vano,
Viéndote prisionero en un desierto
Pudiendo haber honradamente muerto!

»¿Qué son aquellas pruebas peligrosas
Que así costaron tanta sangre y vidas,
Las empresas difíciles, dudosas,
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas
Desos atados brazos adquiridas?
Todo al fin ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto.

»Dime: ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa?
Miraras esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa,
Que yo apenas la nueva me viniera
Cuando muriendo alegre te siguiera.

»Toma, toma tu hijo, que era el nudo
Con que el lícito amor me había ligado:
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos ha secado;
Cria, criale tú, que este membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado:
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.»

Diciendo esto colérica y rabiosa,
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante;
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante
A que la madre ya cruel volviese
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron
A dar la vuelta y á seguir la vía,
Por la cual á gran priesa caminaron
Recobrando al pasar la fida guía,
Que atada al tronco por temor dejaron;
Y en larga escuadra al declinar del día
Entraron en la plaza abanderada
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los indios diligencia
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupolicán, que su apariencia
Daba claros indicios que lo fuese;
Pero ni ausente dél, ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era mas que un incógnito soldado
De baja estofa y sueldo moderado.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
FOLIO 30
MEXICO

Aunque algunos, después mas animados
 Cuando en particular los apartaban,
 De su cercana muerte asegurados,
 El sospechado engaño declaraban;
 Pero luego delante dél llevados,
 Con medroso temblor se retrataban,
 Negando la verdad ya comprobada,
 Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
 Y que encubrirse al cabo no podía,
 Dejando aquel remedio infructuoso,
 Quiso tentar el último que había;
 Y así llamando al capitán Reinoso,
 Que luego vino á ver lo que quería,
 Le dije con sereno y buen semblante
 Lo que dirán mis versos adelante.



CANTO XXXIV

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
 A tantas desventuras sometida!
 Prosperidad humana sospechosa,
 Pues nunca hubo ninguno sin caída!
 ¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
 Que no sea amarga al cabo y desabrida?
 No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
 Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
 A quien la vida larga ha deslustrado,
 Que el mundo los hubiera preferido
 Si la muerte se hubiera anticipado:
 Anibal desto buen ejemplo ha sido,
 Y el cónsul que en Farsalia derrocado
 Perdió por vivir mucho, no el segundo,
 Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
 Famoso capitán y gran guerrero,
 Que en el término américo-indiano
 Tuvo en las armas el lugar primero;
 Mas cargó fortuna así la mano,
 Dilatándole el término postrero,
 Que fué mucho mayor que la subida
 La miserable y súbita caída.

El cual reconociendo que su gente
 Vacilando en la fe titubeaba,
 Viendo que ya la próspera creciente
 De su fortuna apriesa declinaba,
 Hablar quiso á Reinoso claramente:
 Que venido á saber lo que pasaba,
 Presente el congregado pueblo todo,
 Habló el bárbaro grave deste modo: